



LAURA  
KAESTNER

A las  
**puertas**  
de tu

*Corazón*

LAURA  
KAESTNER

*A las puertas de tu corazón*

© 2018, Laura Kaestner

Diseño de cubierta e interior: H. Kramer

Fotografías de cubierta: Unholy Vault Designs/Shutterstock.com y coka/Shutterstock.com

Primera edición: julio de 2018

ISBN: 978-1722313968

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

*Para Gustavo... por impulsarme a perseguir mis sueños y  
por atravesar las puertas de mi corazón.*

# ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

## Capítulo 1

**D**e la inquieta mano de su hijo a la risa permanente... esa era la vorágine del viernes por la que Jaclyn transitaba. Se sentía tironeada de un lado al otro de la plaza de juegos, feliz de ver feliz a su hijo, nerviosa por haber vuelto a la ciudad después de tantos años, emocionada por la boda de su hermano Andrew.

A pesar de la tarde plomiza y fresca, había resultado imposible mantener al niño dentro de la casa. Y por eso, a pesar de estar enloquecida de trabajo a la distancia, taconeaba por el *Beverly Center Mall*.

Para cualquiera que la viera desde lejos parecía más una hermana mayor que una madre, quizás porque estaba cerca de cumplir veinticuatro años y siempre le decían que parecía más joven... y su adorable Anthony, con el rubio cabello revuelto y la cristalina mirada, ya tenía cuatro.

Muchos hombres se habían dado vuelta para contemplarla... algo que a ella le resultaba normal porque se reconocía hermosa. A pesar de la simpleza de su atuendo, tenía un aspecto arrebatador, como era habitual en ella.

Iba ataviada con un vestido de satén azul pálido algo debajo de las rodillas, que se ajustaba a la perfección a su figura curvilínea y que se cerraba en la parte delantera con un cordoncillo de seda a juego. El tono del vestido intensificaba el azul de sus ojos y realzaba su tez, bronceada por el sol.

Apoyó su cartera Gucci color camel sobre una silla, al igual que la chaqueta liviana y el sweater de hilo azul de su hijo. Y le sacó una foto con su celular para registrar una nueva risa del hombre de su vida.

Tony la saludó con su manito desde un auto de color borgoña mientras circulaba por una pista fija imitando a un gran piloto.

Sonó su celular por tercera vez en la tarde.

Miró la pantalla y frunció el ceño.

—Dime, Carol —atendió sin dejar de prestarle atención al niño—. ¿Cuál es el problema ahora?

Estaba a punto de salir su nueva colección de ropa de la línea que había creado junto con su hermana mayor, Jennifer, para la temporada otoño-invierno... *Harrogate's Style*.

Los detalles se estaban ultimando porque querían hacer la presentación en la Semana de la Moda en New York, a principios de febrero. A sólo poco menos de dos meses del gran evento, les había dado un ataque de nervios a las dos al enterarse que su adorado hermanito se casaba súbitamente en ese momento tan poco acertado para ellas.

¡Fines de diciembre era una época de fiestas familiares y reuniones de amigos, no de bodas suntuosas!

Pero la futura esposa de Andrew, una conocida actriz del momento, comenzaba la grabación de una nueva película en Sudamérica y no querían retrasar más el enlace.

Por lo tanto, Jaclyn y Jennifer asintieron, aceptaron dejar de lado sus agendas atestadas y reunirse una vez más.

Para Jaclyn era una prueba de fuego... volver a esa ciudad... a la irremediable obligatoriedad de verlo a él, el hombre que le había roto el corazón... ¡Estaba movilizada y nerviosa!

Desde hacía cuatro años su hermana y ella trabajaban juntas, luego de que Jaclyn partiera sin aviso a San Francisco, envuelta en llanto, defraudada, enamorada hasta el último de sus poros del hombre más perverso que había conocido.

Jennifer estaba a punto de regresar al negocio de la decoración de interiores (se había tomado un tiempo después del nacimiento de sus mellizos) y le encantó la idea de iniciar un nuevo emprendimiento, más aún cuando implicaba

hacerlo con su creativa hermana. La propuesta la había tomado por sorpresa y su esposo, abogado prestigioso y eterno enamorado de su buen gusto, le había dado el último empujón para decidirse.

Casi un año después de haberse mudado a la ciudad de las colinas pronunciadas, los terremotos leves y los tranvías coloridos, y en busca de una meta que la hiciera focalizar su futuro en otra cosa que no fuera el llanto, la tristeza y la temida soledad, Jaclyn había encarado este proyecto con la misma valentía con la que había llevado adelante su embarazo... el mismo que la había tomado por sorpresa en Los Ángeles y la había arrastrado hasta San Francisco, huyendo de la decepción...

Ahora, después de casi cinco años, podía decir a viva voz que era feliz... Aunque el otro lado de su cama siguiera vacío... aunque los únicos brazos de amor que la rodearan fueran aún pequeños para encerrar su cintura... aunque sólo su familia compartiera con ella sus momentos de creatividad desenfadada...

Seguía sola, sin pareja estable (aunque muchos lo habían intentado), compartiendo su lujoso piso sobre las colinas de Nob Hill con su adorado hijo, la luz de sus ojos, el motor de sus días... lejos de su familia, con pocos amigos que la contuvieran, pero con el beso madrugador de Tony, las tostadas caídas al piso siempre con la mermelada hacia abajo, la leche derramada sobre sus zapatos exclusivos y las fibras de colores muchas veces decorando sus diseños originales...

Feliz... pero sin amor... al menos no de esa otra clase de amor...

—Me acaban de avisar que están retrasados en la entrega de los accesorios. Y como sé que, si no te informo de todo, mueres de un ataque de locura... —dijo su asistente, nerviosa.

—¿Cómo que están atrasados? ¿Qué tan atrasados? —

preguntó Jaclyn agarrando los abrigos y su cartera, haciendo malabares con su Iphone y tomando de la mano a Anthony que bajaba de los autitos.

—Mami, vamos al carrusel...

—Sí, hijo, espera un segundo. No me has contestado, Carol... ¿Qué tan atrasados dicen estar? ¿Llegarán a entregarnos lo pedido para el desfile?

—No saben... Se complicó el tema de las plumas porque no sé qué problema hubo con las importaciones y...

—¡No me interesan las importaciones, maldita sea! —exclamó ella entre dientes—. No estoy en condiciones de rediseñar nada con tan poco tiempo... ¿Ideas? —indagó sonriendo en forma fingida a su hijo.

—Mickey habló con algunos de sus amigos diseñadores y al parecer encontró alguien que puede realizar un trabajo similar... —se detuvo unos segundos—. Pero el precio no será el mismo.

Jaclyn suspiró y cerró los ojos.

—Dile a Mickey que me llame en diez.

Cortó y se dejó llevar a la rastra por su hijo hacia el mencionado carrusel...

\*\*\*

—¿Cargaste nuevamente las tarjetas de juegos? —preguntó la niña de cabellos oscuros tomándolo de la mano.

El hombre sonrió, divertido.

—Claro que sí... Ya llevamos varias cargas, Elena.

—Pero todavía no nos queremos ir —dijo la pequeña Marina frunciendo el ceño.

—Es que llevamos varias horas jugando también, así que vayan viendo cómo hacen para dejarme regresar a casa.

El hombre rio divertido y se dejó llevar por las dos niñas, preciosas con sus vestidos de flores.

Muchas miradas femeninas siguieron el recorrido del conocido hombre. Algunas de ellas sólo lo habían visto en fotos... Otras, conocían de él más que su número de teléfono y la suavidad de sus sábanas.

Saludó a algunas aquí y allá, pero no se detuvo. Ese día era completamente de esas dos hermosas criaturas.

Mauricio Soler consultó su celular una vez más a la espera de la resolución de uno de sus juicios de homicidio. El jurado estaba deliberando y era muy poco probable que se resolviera esa tarde, por eso había salido de paseo con Elena y Marina.

Las niñas subieron a las tazas giratorias y lo saludaron con la mano mientras él discaba un número conocido en el celular.

—Simon... ¿no ha habido novedades?

Simon Mackintosh, su socio desde hacía ya diez años, se recostó en su sillón de cuero y sonrió. Sabía que su mejor amigo no podía despegarse nunca de su trabajo.

—De haber sido así te hubiera llamado tu secretaria, Mao. ¿Por qué no te relajas y pasas una tarde divertida con las niñas?

—Porque no me puedo quitar de la cabeza esta sentencia. Y no creas que no me estoy divirtiendo, pero creo que ya me llegó la vejez jajaja, me están agotando...

Los dos rieron, sabiendo cómo eran de activas las pequeñas.

—Te entiendo porque Axis y Alexia me dejaban destruido. ¡Gracias al cielo porque cumplieron nueve! Las locuras en mi casa ahora son distintas... pero no me libro de ellas, es sólo que Jenny se hace cargo.

—¡Esa maravillosa mujer que conseguiste! —exclamó

Mauricio con un dejo de envidia en la voz.

—Tú tuviste una posibilidad como la mía... y la dejaste pasar —le reprochó con un dejo de cariño.

—Lo sé —respondió él bajando la voz y volviendo a sonreír al ver a las niñas tirarle besos con las manos—. Pero bueno... dejémoslo ahí... Me llamas ni bien tengas novedades. Mañana nos vemos en la boda.

—Claro que sí. Besos a las niñas.

Mauricio cortó y ayudó a Marina a bajar de las tazas. Elena tiró de su chaqueta para convencerlo de ir a otro juego más.

Era extraño ver a un hombre de su tamaño, alto, de porte formal y generalmente serio, reír tanto y dejarse llevar sin importarle las formas.

Su cabello oscuro perfectamente cortado estaba en su lugar, unas mechas rebeldes sobre la frente, y sus ojos verdemar parecían más pequeños cada vez que una de las niñas le arrancaba una sonrisa.

Era extraordinariamente apuesto, muchísimo más de lo que parecía cuando salía en los medios de comunicación.

La ropa de buen corte realzaba sus rasgos: camisa a rayas delgadas en tonos de celeste, una americana azul inmaculada y un aura de austera elegancia que resultaba, tan intimidante como inesperada.

—¡Ahora al carrusel! —determinó Elena, que era quien siempre tomaba las decisiones.

Y hacia allí se dirigieron...

\*\*\*

Jaclyn apuró el paso cuando Anthony se soltó de su mano para correr los últimos metros al carrusel, y se colocó en la fila.

—No vuelvas a correr, Tony —lo reprendió ella con tono

dulce pero firme—. Sabes que es peligroso alejarse de los adultos.

Sonó su celular.

—Mickey, cuéntame lo que sucede.

Cuatro personas más atrás, Mauricio hacía la misma fila de la mano de las dos niñas que no paraban de pedir pochoclo, paletas o caramelos.

En el lugar todo era un griterío: padres llamando a sus hijos, niños gritando por sus padres...

Jaclyn tuvo que levantar el tono para escuchar las explicaciones de uno de sus diseñadores más jóvenes.

—No, no, no... No se te ocurra excusarlos. No me interesan las importaciones ni las aves ni nada... ¡Hace meses que pedí esas plumas! —exclamó con fastidio.

Unos metros más atrás, Mauricio hizo silencio. Esa voz que escuchaba en medio de las exigencias infantiles y del ruido de juegos y voces, le resultaba familiar.

Levantó la cabeza y miró hacia adelante.

Entre las cabezas de padres y madres que lo antecedían, vislumbró una mujer con un celular en la mano, haciendo la misma fila que él, de espaldas. El cabello rubio tirante, en una cola elegante y alta.

Mantuvo la atención en la conversación, pero al parecer ella escuchaba porque no hablaba.

—Llámame en cinco, estoy acompañando a Tony al carrusel y no te oigo bien. ¡Pero llámame que tenemos que definir esto! —exclamó ella con algo de fastidio, cortando la comunicación.

Estaba a punto de entregar la tarjeta de juegos cuando una mano masculina la tomó del codo y la obligó a darse vuelta.

El shock de ese reencuentro fue altamente perturbador

para los dos.

Jaclyn bajó la mano en la que llevaba el celular casi en cámara lenta.

Sabía que iban a encontrarse en algún momento, pero la cercanía, su mano aún en su brazo y esos ojos que le seguían quitando el sueño resultaron devastadores.

—Sabía que eras tú —susurró él, olvidándose de todos y de todo, de la gente que casi los empujaba para poder ingresar, de las niñas que tiraban de su chaqueta, del torbellino de flequillo rubio que hablaba a borbotones—. Siempre supe que nunca se me iba a olvidar tu voz... aunque perdiera la memoria.

Y las piernas de Jaclyn flaquearon. ¡No podían seguir siendo tan arrolladoras las sensaciones que la recorrían cuando él la miraba de esa manera!

El pecho de Mauricio subía y bajaba rítmicamente. Su piel parecía estremecerse bajo los ojos de la muchacha, como si estuviera más vivo que los otros hombres.

Ella se descubrió demorando su mirada sobre los rasgos de su cara, atacada por una creciente perturbación interior. La sangre le cantaba en las venas. Lo miró rápidamente entre las pestañas.

Su mirada se posó en la abertura de la camisa mientras admiraba una visión de su pecho musculoso. Recordó el momento en que se había aferrado a él, en la noche maravillosa que habían compartido, su primera noche de amor...

Ahora el recuerdo parecía tan claro, doloroso y corrosivo para su tranquilidad como el hombre en persona frente a ella. Había contemplado, con suma curiosidad, a muchos hombres en sus numerosos viajes y estaba segura de que, desde el punto de vista físico, él estaba uno o dos puntos por encima de la mayoría de todos.

Ella estaba para comérsela, pensó él, con un hambre

atroz. La miró con una conciencia intensa, casi dolorosa, de la feminidad de esa mujer.

El tenue y tentador aroma de su cuerpo se mezclaba con el de las flores y hierbas del jabón con el que se bañaba. La fragancia estimulaba los sentidos de Mauricio, trayéndole recuerdos de momentos compartidos. Se recordó a sí mismo que tenía demasiados años, demasiado mundo, demasiada experiencia respecto al lado oscuro y sórdido de la vida como para dejarse apabullar por esta mujer.

Y, sin embargo, no podía evitarlo.

Se sentía como si lo hubiera alcanzado un rayo.

—Mami, mami, mejor vamos a los autitos otra vez. No quiero subir al carrusel —gritó Anthony, sacándolos a los dos de su ensimismamiento.

Mauricio reparó en el niño por primera vez, tomando conciencia de la relación que los unía.

—No sabía que tenías un hijo —murmuró confundido.

Antes de que ella pudiera responder, se vieron empujados una vez más por la gente que subía al carrusel y las niñas, impacientes, tiraron de él para que les diera la tarjeta de ingreso.

Mauricio se volvió a mirarla justo cuando su celular sonaba una vez más.

Jaclyn se alejó unos pasos para responder mientras le hacía señas a Anthony de que esperar un segundo. El niño se trepó a la cerca que rodeaba al carrusel y saludaba con la mano a todos los niños que pasaban.

Mauricio lo miró una vez más, con el corazón oprimido.

¡Cómo era posible que nadie le hubiera dicho nada acerca de ese niño! ¿Y el padre? ¿Dónde estaba el padre?

La oyó atender la llamada en su Iphone.

—Mickey, cielo, habla más alto que aquí hay mucho rui-

do, mi amor —dijo ella sentándose en uno de los bancos que había allí y sin dejar de mirar a su hijo.

Pero no entendía nada de lo que el diseñador le estaba diciendo.

Observó con dolor como Mauricio acomodaba a ambas niñas arriba de preciosos y decorados corceles, ambas se colgaban de su cuello y lo besaban con amor.

Eran pequeñas, tres o cuatro años, calculó. ¿Por qué nadie le había dicho que se había casado y tenía dos hijas? ¡Al parecer no había perdido el tiempo!

Jaclyn masculló una respuesta insensata y le dijo a Mickey que lo llamaba en diez minutos... O en otra vida, porque no iba a poder recuperarse de ese encuentro con tanta facilidad.

Guardó su celular en la cartera y buscó a Anthony para alejarse lo más rápido que podía de allí. Le dolía verlo en su nuevo rol de padre, haciéndola chocar con la dura realidad, tirando al suelo todas las falsas y remotas ilusiones que pudiera haber albergado en su interior.

Cuando levantó la vista, Mauricio estaba a su lado una vez más.

No se dijeron nada.

Él revolvió el cabello de Tony al descuido.

—Tu hijo es hermoso... se parece a ti...

—Tus hijas también lo son —dijo ella muy a su pesar y en tono entrecortado.

Mauricio volteó a mirar a las niñas y estaba por decirle que...

—Vamos, mami, me estoy aburriendo.

Anthony tiró de su mano llevándola hacia los autos de colores y los dos se miraron en silencio, dolidos, con reproche...